

LA CORRESPONDENCIA DE ESPAÑA

DIARIO POLÍTICO Y DE NOTICIAS
ECO IMPARCIAL DE LA OPINIÓN Y DE LA PRENSA.
NÚMERO EXTRAORDINARIO.

NÚMERO 7º

Madrid Mayo de 1894.

OFICINAS FACTOR-7.

HONRA SIN BARCOS



CRÓMOTIPIA - E. PORTABELLA.

ZARAGOZA.

EN EL CALLAO. (1866)



DOS DE MAYO

FRAGMENTOS

La noche era oscura, fría y solitaria; por mi camino encontré tan sólo algunos hombres que corrían desahogados, y a cada paso lamentos dolorosísimos llegaban a mis oídos. A lo lejos distinguí las pisadas de las patrullas francesas, y de rato en rato un resplandor lejano seguidos de estruendosa detonación. Como se presentaba en mi alma atribulada aquel espectáculo en la negra noche, aquellos ruidos pavorosos, no es cosa que pueda yo referir, ni palabras de ninguna lengua alcanzan a manifestar angustia tan grande.

Llegaba junto al Espíritu Santo, cuando sentí muy cercana ya una descarga de fusilería. Allí abajo, en la esquina del palacio de Medinaceli, la rápida luz del fogonazo había iluminado un grupo, mejor dicho, un montón de personas en distinta actitud colocadas y con diversos trajes vestidos. Tras de la detonación, oyéronse quejidos de dolor, imprecaciones que se apagaban al fin en el silencio de la noche. Después algunas voces, hablando en lengua extranjera, dialogaban entre sí; se oían las pisadas de los verdugos, cuya marcha, en dirección al fondo del Prado, era indicada por los movimientos de unos farolillos de agonizante luz. A cada rato circulaban pequeños tropiezos con gente maniatada, y hacia el Retiro se percibía resplandor muy vivo, como de la hoguera de un vivac.

Si prestar oídos a las voces de socorro, ni reparar tampoco en el peligro que cerca de allí se corría, me dirigí hacia el Retiro.

En la puerta que se abre al primer patio, me detuvieron los centinelas. Un oficial se acercó a la entrada.

—Señor—exclamó juntando las manos y expresando de la manera más espontánea el vivo dolor que me dominaba,—busco a dos personas de mi familia que han sido traídas aquí por equivocación. Son inocentes; Inés no arrojó a la calle ningún caldero de agua hirviendo, ni el pobre clérigo ha matado a ningún francés. Yo lo aseguro, señor oficial, y el que dijese lo contrario es un vil mentiroso.

El oficial, que no me entendía, hizo un movimiento para echarme hacia fuera; pero yo, sin reparar en consideraciones de ninguna clase, me arrodillé delante de él, y con fuertes gritos proseguí aplicando de esta manera:

—Señor oficial, ¿será usted tan inhumano que mande fusilar a dos personas

inofensivas, a una muchacha de diez y seis años y a un infeliz viejo de sesenta? No puede ser. Déjeme usted entrar; yo le diré cuáles son, y usted me mandará poner en libertad. Los pobrecitos no han hecho nada. Fusíleme a mí, que disparé muchos tiros contra ustedes en la acción del Parque; pero deje en libertad a la muchacha y al sacerdote. Yo entraré, los sacaremos... Mañana, mañana probaré yo, como esta noche, que son inocentes, y si no resultasen tan inocentes como los ángeles del cielo, fusíleme usted a mí cien veces. Señor oficial, usted es bueno, usted no puede ser un verdugo. Esas cruces que tiene en el pecho las habrá adquirido honorosamente en las grandes batallas que dicen haber ganado el ejército de Napoleón. Un hombre como usted no puede deshonrarse asesiando a mujeres inocentes. Yo no lo creo, aunque me lo digan. Señor oficial, si quieren ustedes vengarse de lo de esta mañana, maten a todos los hombres de Madrid, mátenme también a mí; pero no a Inés. ¿Usted no tiene hermanitas jóvenes y lindas? ¡Si usted las viera amarradas a un palo, a la luz de una linterna, delante de cuatro soldados con los fusiles en la cara, ¿estaría tan sereno como ahora está? Déjeme entrar; yo le diré quiénes son los que busco, y entre los dos haremos esta buena obra que Dios le tendrá en cuenta cuando se muera. El corazón me dice que están aquí... entremos, por Dios y por la Virgen. Usted está aquí en tierra extranjera, y lejos, muy lejos de los suyos. Cuando recibo cartas de su madre ó de sus hermanitas, me reboza el corazón de alegría; no quiere verlas, no quiere volver allá? Si le dijese que ahora las estaban poniendo un farol en el pecho para fusilarlas...

El estrépito de otra descarga me hizo enmudecer, y la voz espiró en mi garganta por falta de aliento. Estuve a punto de caer sin sentido; pero haciendo un heroico esfuerzo volví a aplicar al oficial con voz ronca y además desesperada, pretendiendo que me dejase entrar a ver si algunos de los recién inmolados eran los que yo buscaba. Sin duda mi ruego, expresado ardentemente y con profundísima verdad, conmovió al joven oficial, más por la angustia de mis ademanes que por el sentido de las palabras, extranjeras para él, y apartándose a un lado me indicó que entrara. Hicelo rápidamente, y recorrí como un insensato el primer patio y el segundo. En éste, que era el de la Pelota, no había más que franceses; pero en aquél yacían por el suelo las víctimas aún palpitantes, y no lejos de ellas las que esperaban la muerte. Vi que las ataban codo con codo, obligándoles a ponerse de rodillas, unos de espaldas, otros de frente. Los más extendían los brazos, agitándolos al mismo tiempo que lanza-

ban imprecaciones y rotos a los vortugos; algunos escondían con horror la cara en el pecho del vecino; otros lloraban; otros pedían la muerte, y vi uno que rompiendo con fuertes escudidas las ligaduras, se abalanzó hacia los granaderos. Ninguna fórmula de juicio, ni tampoco preparación espiritual, precedían a esta abominación: los granaderos hacían fuego uno o dos veces, y los sacrificados se revolaban en charcos de sangre con espantosa agonia.

Algunos acababan en el acto; pero los más parecían largo martirio antes de espirar, y hubo muchos que heridos por las balas en las extremidades y desangrados, sobrevivieron después de pasar por muertos hasta la mañana del día 3, en que los mismos franceses, reconociendo su mala pestería, los mandaron al hospital. Estos casos no fueron raros, y yo sé de dos ó tres a quienes cupo la suerte de vivir después de pasar por los horrores de una ejecución sangrienta.

Un maestro herrero, comprendido en una de las traillas del Retiro, dió señales de vida al día siguiente, y al borde mismo del hoyo en que se le preparaba sepultura: lo mismo aconteció a un tendero de la calle de Carretas, y hasta hace poco tiempo ha existido uno que era entonces empleado en la imprenta de Sancha, y fué fusilado torpemente dos veces, una en la Soledad, donde se hizo la primera matanza, después en el patio del Buen Suceso; desde cuyo sitio pudo escapar, arrastrándose entre cadáveres y regueros de sangre hasta el hospital cercano, donde le dieron auxilio. Los franceses, aunque a quemarropa, disparaban mal, y algunos de ellos, preciso es confesarlo, con marcada repugnancia.

Instante terrible cuyo recuerdo hiela la sangre en las venas y paraliza el corazón, simulando la muerte. Aunque la muchacha quería compartir nuestra suerte, la tardía compasión de nuestros asesinos nos la quitaba. Ella, durante la breve lucha, dijo algo que he olvidado. Yo también pronuncié palabras de que hoy no puedo darme cuenta. Pero nos la quitaron: recordo la extraña sensación que experimenté al perder el calor de sus manos y de su cara. Yo estaba como loco. Pero la vi claramente cuando se la llevaron, cuando desapareció de entre las filas, arrastrada, sostenida, cargada por Juan de Dios.

Y al ver esto sentí un estruendo horroroso, después un zumbido dentro de la cabeza y un hervidero en todo el cuerpo; después un calor intenso, seguido de penetrante frío; después una sensación inexplicable, como si algo rozara por toda mi epidermis; después un vapor dentro del pecho, que subía invadiendo mi cabeza; después una debilidad incomprendible que me hacía el efecto de quedarme sin piernas; después una palpitación vivísima en el corazón; después un súbito detenimiento en el latido de esta viscera; después la pérdida de toda sensación en el cuerpo, y en el busto, y en el cuello y en la boca; después la inconsciencia de tener cabeza; la absoluta reconcentración de todo yo en mi pensamiento; después unas como ondulaciones concéntricas en mi cerebro, parecidas a las que forma una piedra cayendo al mar; después un chisporroteo colosal que difundía por espacios mayores que cielo y tierra juntas la imagen de Inés en doscientos mil millones de luces; después oscuridad profunda, misteriosamente asociada a un agudísimo dolor en las aienes; después un vago reposo, una extinción rápida, un olvido creciente é invasor, y por último, nada, absolutamente nada.

B. PÉREZ GALDÓS.

(De sus Episodios Nacionales.)

UN DATO PARA LA HISTORIA

Ha pasado el mes de abril, con sus aguaceros, ventiscas, granizadas, discursos parlamentarios y demás abusos meteorológicos que no parecen propios de tal mes.

La noticia no es nueva, ya lo sé; pero me hacía falta empezar por una noticia vieja que sirviese como de niñera para sacar a paseo, llevándola de la mano, a esta otra noticia:

Hemos entrado en el mes de Mayo.

Seguro estoy de que esta segunda noticia tampoco ha cojido de sorpresa a mis lectores.

No importa.

Vengo firmemente resuelto a decir algo nuevo del mes de Mayo, y a fuer de saltimbanqui literario, he querido, para preparar el *truce*, echar por delante esas dos noticias viejas y desportilladas, con objeto de que el contraste haga resultar más y más la novedad y frescura de las otras noticias que me propongo entregar a la voracidad del público en este artículo.

El mes de Mayo es de todos los meses del año el que mejor suele portarse, dicho sea esto sin herir la susceptibilidad de sus once compañeros; y si alguna vez se desamanda enviándonos vientos del Norte y copitos de nieve, téngase en cuenta que lo hace obedeciendo a reminiscencias de su primitivo origen. Ya aclararemos esto más tarde.

Quede sentado que el mes de Mayo se muestra, por lo general, benigno, suave y cariñoso con los hombres y con los frutos de la tierra.

En esto no hace más que cumplir con un deber de reconocimiento.

Porque, vamos a ver: ¿qué era, allá en tiempos remotos, este señor Mayo, hoy tan rozagante, tan orondo, tan satisfecho, tan bien vestido y perfumado? Pues era (sin meternos en su vida privada) un pobroto, colocado por última en el tercer puesto del año (en el que hoy desempeña el señor de Marzo), y en cuyo departamento era objeto de las burlas y de los anatemas del pueblo romano, porque se pasaba la vida soplando, silbando y molestando en la ciudad a matronas, patricios, libertos, esclavos y libertinos, en el campamento a las tropas, y en los campos a los labradores.

Eso sí, a pesar de su insignificancia, el señor Mayo tenía *mucho* *caído* en la cabeza. Siempre andaba zumbando a los poderes públicos, metiéndose por entre las togas de los senadores, soplando ideas de rebellón al oído de la plebe en el monte Aventino, sirviendo de fuelle odioso al bogar de las Vestales, burlando humildemente el *Forum* y la *via Nova*, cegando con el polvo los ojos de los censores y ensuciando de un modo irreverente el pórtico del templo de Júpiter Capitolino, hoy iglesia de Ara-Caeli.

En fin, que era algo discoló, bastante adúlador, muy impetuoso, aficionado a hacer ruido, a meterse en todas partes y a mover las voletas pretorianas en todas direcciones.

Con estas cualidades, algunos augures le pronosticaron que llegaría a hacer fortuna, y así fué en efecto.

El mes de Mayo, que, como he dicho, era el tercero del año, tuvo dos ascensos de un golpe y pasó a ser el quinto, en virtud de una disposición dictatorial de Julio César: esto es harto sabido.

Lo que han callado discretamente los historiadores de aquel tiempo, lo que no habrán ustedes leído en ningún libro, lo que nadie, hasta hoy 2 de Mayo de 1894, ha consignado en manuscritos ni impresos, es la razón que tuvo Julio César para adelantar así en su carrera al mes consagrado a Maia, madre de Mercurio.

Yo (perdón por la modestia) sé más que los sabios de profesión en lo tocante a este asunto, y como no quiero guardar para mí solo este retazo de sabiduría, voy a sacarlo al público, lo cual equivale a sacar los trapos a relucir a Julio César.

Pues verán ustedes que el susodicho emperador se hallaba, una tarde desahogado del tercer mes, medio adormecido por los vapores de una laboriosa digestión, reclinado en el *triclinium*, después de una suculenta comida.

Dejaba vagar el pensamiento por los deliciosos espacios de sus ideales de glorias y ambiciones, cuando de repente experimentó una sensación extraña. Le pareció que se trastornaba el mundo, que se apagaba el sol y que el rayo de Júpiter estallaba sobre su augusta frente, todavía orlada con las rosas de Pestum de que sus esclavos le habían adornado para el festín. Se incorporó sobresaltado, recorrió con ojos desmesuradamente abiertos los ámbitos de la lujosa estancia, y exhaló un grito de espanto... ¡Todos los objetos que se ofrecían a su vista tenían color de sangre!

Acudieron sus siervos, le hicieron beber una caliz de agua fresca con unas gotas de vino Falerno (no se conocía entonces la tila) y le tranquilizaron explicándole la causa de aquel raro fenómeno; causa tan vulgar y terrena, que hizo asomar a los labios del César una sonrisa en que se expresaban a la par la satisfacción, la amargura y la vergüenza.

Explicaré brevemente lo ocurrido.

Entre los quince circo con que contaba entonces Roma para solaz de sus moradores... (quince circo, y en Madrid no tenemos más que una plaza de toros!) había uno edificado por Julio César, cuyo nombre llevaba, y que se

extendía desde el mauseo de Augusto hasta el monte inmediato.

El gran emperador atendía y mimaba a este circo con tanta solicitud como la Diputación provincial de Madrid a nuestro circo taurino, y tenía puestos en él los cinco sentidos.

Ultimamente había hecho venir de las más acreditadas fábricas de Tiro una cantidad inmensa de tela de seda encarnada, y 250 esclavos de ambos sexos habían trabajado durante quince días en confeccionar un toldo gigantesco para cubrir el circo y preservar de los rayos del sol a los espectadores.

El día a que me refiero se hacía la prueba. El gigantesco toldo, impulsado por una serie de gruas, poleas y tornos, que manejaban 60 fornidos africanos bajo la dirección del arquitecto Manlio Rabulio, ascendía lentamente, a pesar de la furia del viento, con gran satisfacción de los invitados al ensayo.

Poco espacio faltaba para llegar al coronamiento del circo, cuando una violentísima ráfaga de viento huracanado, enviada con perversa intención por Mayo, se metió por debajo del toldo, le arrancó de encaje, cual si fuera una hoja de *papyrus*, lo volteó por el espacio, haciendo graznar de miedo a los gansos del Capitolio, y por último, lo dejó caer sobre la morada de Julio César, que cubrió por completo.

El ruido que produjo y la interceptación de la luz del sol, que al filtrarse por los poros de la tela carmesí tomaba un tinte sanguinolento, fué lo que produjo el terror del César, hasta que su servidumbre le contó la verdad de lo ocurrido.

El emperador fingió conformarse con aquella pesada broma del mes de Mayo, y dió orden de que se reparasen las averías del toldo y se volviese a colocar en su sitio; pero guardó en el fondo de su corazón un sentimiento de profunda antipatía hacia el insolente mes que le jugó tan mala pasada.

Pensó en destituirlo, pero se opuso el Senado, alegando que el cargo de los mosas era inamovible.

Entonces cortó por lo sano y reformó el Calendario, lo cual le sirvió de pretexto para quitar al mes de Mayo el puesto tercero, trasladándolo al quinto y poniendo en su lugar a Marzo, que por cierto no se ha portado de lo entoscos mucho mejor que el trasladado.

Tal es la historia, hasta hoy ignorada, de este cambio de meses. Perdonenme ustedes si me he extendido algo en relatarla; pero no he querido privar a la posteridad de este curioso descubrimiento.

FERNANDO M. REDONDO.

EL DOS DE MAYO EUROPEO

La fecha que hoy se celebra con patrióticos transportes de entusiasmo y legítimo orgullo, no es sólo una fecha nacional, que cifra y compendia los heroísmos españoles en defensa de la independencia; no es sólo una fecha gloriosa en los fastos de la lucha por la libertad, porque en tal día quedó libre la invicta Bilbao del asedio apretado que le ponían las bravas huestes carlistas; no es sólo una fecha memorable en los anales militares por la gloriosa aunque estéril hazaña del Callao.

El Dos de Mayo es una fecha europea; es la fecha de la que data en Europa el movimiento democrático profundo; porque el Dos de Mayo de 1808 demostró al mundo que una nación era más capaz de defender su independencia, su autonomía, que un Estado, por formidable que sea, su constitución militar.

Dos años antes de ese día inolvidable, las huestes de Napoleón habían aventado como leve arista todo el aparato militar de la Prusia soldadesca de Federico el Grande. Emperadores, reyes, príncipes en Alemania é Italia hablabase probado impotentes para resistir al empuje de la nación francesa. Donde quiera que esa nación chocó con un Estado, éste quedó hecho pedazos, y Napoleón, en nombre de la libertad, de la igualdad, de la fraternidad, variaba a su capricho de mes en mes el mapa de Europa, sin más trabajo que el que le costaría a un pintor teñir de caprichosos manchones el mapa del viejo continente.

Pero el Dos de Mayo de 1808, Napoleón, que había anulado el Estado español, llevándose é corrompiendo a sus reyes, topó de pronto con la nación española, y surgió una fuerza invencible, con la que el gran nivelador no había contado en sus precisos cálculos guerreros.

La nación española enseñó a los políticos antinapoleónicos de Europa el camino único para vencer al tirano. Siguiólo la primera, Austria, con desgraciado éxito, porque allí el Estado no supo penetrarse con la nación; siguió Rusia, con éxito maravilloso, y ella arrastró a la Prusia, que por la voz de Fichte y por la de Stein y la de Schopenhauer pedía con ardor a su soberano que le dejase imitar el noble ejemplo de la nación española.

El principio de la sujeción de las naciones para conservar y defender su autonomía, el principio que dió al traste definitivamente con el concepto feudal y militar de las monarquías absolutas, lo dió a conocer al mundo el pueblo de Madrid el día Dos de Mayo de 1808, afirmando con su sangre generosa.

Otros pueblos han sacado de ese principio más provecho que nosotros. Al Dos de Mayo, en el que enseñamos a Europa lo que había que hacer para abrir la era de la democracia, le hace falta como complemento otro Dos de Mayo, en el que probemos que también nosotros hemos aprendido a sacar las consecuencias de aquella premisa, como las sacaron pueblos más afortunados.

GENARO ALAS.

